

Rodríguez Jiménez, José Luis: *Historia contemporánea del Japón*, Madrid, Síntesis, 2020, 314 páginas.

Roberto Muñoz Bolaños
Universidad del Atlántico Medio - Universidad
Camilo José Cela (España)

Cuando en el año 1989 comencé mis estudios universitarios en la licenciatura de Geografía e Historia uno de los hechos que más me sorprendió fue la ausencia de interés de los historiadores españoles por áreas que a mí me parecían fascinantes: Asia Central, Japón o China. Esa omisión pude suplirla entonces gracias a la colección Historia Universal Siglo XXI, que incluía interesantes volúmenes sobre esos territorios, o la maravillosa obra de Paul Akamatsu *Meiji: 1868. Revolución y contrarrevolución en Japón* (Madrid, Siglo XXI, 1977). El paso de los años no ha aumentado el atractivo por la historia de estas zonas, especialmente Japón, en nuestra nación, más allá de los libros del catedrático de Historia de la Comunicación Social de la Universidad Complutense de Madrid Florentino Rodao García (*La soledad del país vulnerable. Japón desde 1945*, Barcelona, Crítica, 2019, y la editada junto a Antonio López Santos, *El Japón contemporáneo*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1998) y del veterano jesuita Federico Lanzaco Salafranca (*Introducción a la cultura japonesa. Pensamiento y religión*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2000, y *Religión y espiritualidad en la sociedad japonesa contemporánea*, Zaragoza, Pressas Universitarias de Zaragoza, 2008), los dos únicos japonólogos académicos españoles.

En este contexto historiográfico, que solo puede calificarse de humilde, se sitúa la obra del profesor titular de Historia Contemporánea y del Mundo Actual de la Universidad Rey Juan Carlos José Luis Rodríguez Jiménez. Su autor, a diferencia de Rodao y Lanzaco, no es un especialista en la historia del país del Sol Naciente, sino un buen conocedor del tema que ha realizado un libro de alta divulgación dentro de una colección que edita la editorial Síntesis bajo la dirección de la catedrática de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Madrid Pilar Toboso. Por tanto, no se trata de un texto que pretenda plantear nuevas hipótesis explicativas sobre la evolución de Japón desde mediados del siglo XIX hasta nuestros días, sino realizar una síntesis de la historia de este país en ese periodo. Para lograr este objetivo no maneja fuentes primarias sino, un conjunto de fuentes bibliográficas que aparecen recogidas al final del libro, y estructura su obra en siete capítulos más

una colección de anexos que recogen un conjunto de textos históricos y una cronología que se extiende desde 1603 hasta 2019.

Si bien se trata de una obra de síntesis, como ya hemos indicado, la consideramos útil y valiosa para un académico o un lector culto que quiera introducirse en la historia del Japón por las siguientes razones.

La primera, la estructura diacrónica que articula la obra, que facilita a un lector no familiarizado con la historia de este país la comprensión de los principales acontecimientos y procesos históricos que se desencadenaron en el mismo desde el siglo XIX.

La segunda, el primer capítulo donde se realiza un resumen de la historia del país del Sol Naciente hasta el siglo XIX, en el que se abordan no sólo los aspectos más tradicionales en una monografía nacional –política, sociedad, economía o relaciones internacionales–, sino también otros considerados tradicionalmente secundarios, como la estructura familiar. Este contenido dota al lector de una sólida base para comprender las transformaciones que tuvieron lugar a partir de 1868.

La tercera, el análisis que realiza sobre la Revolución Meiji (1864-1894), que si bien carece de la profundidad propia de una obra académica, permite al lector comprender las dinámicas que distinguieron la modernización japonesa. En este sentido, destaca dos puntos. Por un lado, el autor aborda todos los aspectos de esta dinámica de cambio vinculada con Occidente, desde los políticos –con un magnífico análisis de la constitución de 1889– a los sociales y económicos, pasando por los culturales y militares, que posteriormente tendrán una gran trascendencia en la historia del Japón. Por otro, porque señala los límites de esa modernización, especialmente patentes en la religión o el papel de la mujer en la sociedad, donde el peso de la tradición japonesa impide cualquier modificación.

La cuarta, la explicación sobre el ascenso del Japón a potencia mundial entre 1894 y 1937, resultando especialmente detallada en relación a los cambios operados en la estructura económica y al impacto de la crisis de 1929; la progresiva intervención japonesa en China; la dicotomía en política interior entre liberalismo y nacionalismo, resuelta con el triunfo del segundo y, vinculada con esta dinámica, la descripción de las sociedades secretas de extrema derecha y de sus proyectos violentos cuyo objetivo era tomar el poder, así como de la progresiva militarización de la vida política del Japón. Tal vez el análisis de estas organizaciones constituye uno de los aspectos más acabados de la obra. Sin embargo, aunque el profesor Rodríguez Jiménez analiza el golpe de Estado del 26 de febrero de 1936, no explica que su objetivo era la sustitución del emperador Hiro-Hito por su hermano Mikasa. Esta omisión puede ser debida a que no maneja la obra de Edward Behr, *Hiro-Hito: el emperador desconocido* (Barcelona, Salamandra, 1993).

La quinta, la descripción del paradigma de guerra desarrollado por el Japón en China a partir de 1937, caracterizado por su extrema violencia con la población civil y los prisioneros de guerra. Si bien esta dinámica ya había sido abordada por Anthony Beevor en su obra *La Segunda Guerra Mundial* (Barcelona, Pasado y Presente, 2012), Rodríguez Jiménez ha tenido el mérito de presentar una visión resumida y clara de la misma.

La sexta, el detallado análisis que hace de la ocupación norteamericana tras la derrota en el segundo conflicto mundial y las consecuencias que se derivaron de ella, destacando tres aspectos. El primero, el estudio de las pérdidas de las pérdidas humanas y económicas que esta contienda ocasionó a Japón. El segundo, la explicación clara y completa de la política seguida por el general Douglas MacArthur, jefe de las Fuerzas de Ocupación, entre 1945 y 1949, especialmente en el plano político, con la aprobación de la constitución de 1946 y en el económico, con la reformas realizadas en el campo y en el mundo del trabajo, que sentaron las bases sobre las que se articula Japón hasta nuestros días. El tercero, la magnífica descripción que el autor realiza de los procesos contra los criminales de guerra japoneses, incluyendo el papel jugado por la Unidad 731.

La séptima, la explicación de la evolución de Japón desde 1949 hasta 2019, que ocupa parte del capítulo cinco y la totalidad del seis y del siete. Se trata, sin duda, de la parte más destacada del libro. Es cierto que carece de la profundidad de la obra de Florentino Rodao, *La soledad del país vulnerable. Japón desde 1945*, que presenta la ventaja de centrarse exclusivamente en la historia del Japón desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta nuestros días. Por el contrario, el análisis que realiza Rodríguez Jiménez es menos profundo, pero tiene el acierto de ofrecer una visión diáfana, completa y comprensible de las principales dinámicas que han convertido a este país en la tercera potencia económica del mundo. En este sentido destaca la explicación que realiza de su evolución política, marcada por la hegemonía del Partido Liberal Demócrata (PLD) y por el surgimiento de un movimiento terrorista de extrema izquierda en la década de los setenta del siglo XX; del establecimiento de una sólida relación con Estados Unidos que se prolonga hasta nuestros días; de los principales problemas que afectan a la sociedad japonesa, especialmente el envejecimiento de su población y, por último, de sus manifestaciones culturales, con especial atención al *Manga*.

No obstante, junto a los aspectos positivos que presenta la obra, también se pueden citar algunos aspectos menos felices que consideramos de cierto relieve.

La primera, la ausencia de obras significativas sobre la historia del Japón en este periodo como: las de Francis Pike *Hirohito's War: The Pacific War 1941-1945* (Londres, Bloomsbury Publishing Ltd. 2015) y *Empires at War*:

A Short History of Modern Asia since World War II (Londres, IB Tauris & Co Ltd, 2009); de Edward Miller sobre los planes de guerra de los Estados Unidos contra Japón en el periodo de entreguerras (*The U.S. Strategy to Defeat Japan, 1897-1945*, Anápolis, Naval Institute Press, 2007), o sobre todo la de Jonathan Parshall y Anthony Tully y Jonathan Parshall *Shattered Sword: The Untold Story of the Battle of Midway* (Dulles, Virginia, Potomac Books, 2005), que cambió la visión sobre la batalla más decisiva en el teatro de operaciones del Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial. Igualmente se echa de menos alguna cita de las memorias del comodoro Mathew Perry, *The Japan expedition, 1852-1854: the personal journal of Commodore Matthew C. Perry* (Washington D. C., Smithsonian Institution Press, 1968) cuando el autor explica los tratados desiguales, ya que en las mismas aparece de forma muy explícita la estructura del Shogunato, así como la visión de un occidental del siglo XIX sobre la cultura japonesa.

La segunda, la omisión de una introducción donde el autor podía haber recogido las últimas tendencias historiográficas sobre la historia del Japón, las hipótesis sobre su proceso de modernización o la ausencia de estudios significativos sobre su historia en España. Puede que esta ausencia sea consecuencia de las características de la colección donde se inserta este libro, pero la consideramos una falla importante.

La tercera, la inexistencia de una visión comparada de las reacciones de las élites de Japón y China ante el intervencionismo occidental durante la segunda mitad del siglo XIX. Esta omisión la consideramos importante porque el proceso de modernización de la primera de estas naciones fue posible por la aparición de un proyecto de cambio aceptado por la casi totalidad de su élite, que no solo permitió salvar el sistema imperial, sino convertir a Japón en una gran potencia. Por el contrario, la ausencia de un consenso en la élite china conllevó la desaparición del imperio en 1911 y el inicio de un periodo de inestabilidad que se prolongó hasta el triunfo comunista en 1949.

La cuarta, la omisión de dinámicas tan trascendentales como la “guerra fría” que Japón sostuvo con Australia en el Pacífico a partir de 1910 y que determinó la política del Reino Unido en relación con Tokio en los inicios de la Primera Guerra Mundial y la acción de la *Comonwealth* británica en esta región durante dicho conflicto, tal como ha explicado Neville Meaney *The Search for Security in the Pacific 1901-1914: A History of Australian Defence and Foreign Policy 1901-23* (Sydney, Sydney University Press, vol. I, 2009).

La quinta, la ausencia de referencias al impacto que la victoria del Japón sobre el Imperio ruso en la guerra de 1904-1905 tuvo en el universo colonial de los pueblos no blancos. En este sentido resulta significativo que el autor no cite la obra de Panjak Mishra *De las ruinas de los imperios: La rebelión contra Occidente y la metamorfosis de Asia* (Barcelona, Galaxia Gutemberg,

2014), donde se recoge el siguiente párrafo: “La victoria de Japón impulsó la idea de que el sometimiento a las potencias occidentales no era una fatalidad insuperable, sino que se les podía plantar cara y aspirar a cambiar las relaciones de fuerzas. Y así lo entendieron personajes determinantes en el destino de estos pueblos como Gandhi, Atatürk, Nehru o Sun Yat-sen” (p. 11). De hecho, al explicar este conflicto con San Petersburgo, Rodríguez Jiménez se limita a hacer un análisis centrado exclusivamente en las consecuencias que tuvo para Japón.

La sexta, la escasa importancia que el autor confiere a los enfrentamientos ruso-japoneses en la frontera de Mongolia en el periodo de 1938-1939, cuando fueron claves en la definición de la estrategia japonesa posterior, pues como señaló Behr, la derrota del Ejército de Manchuria provocó que se abandonase la doctrina de “Golpear al Norte”, defendida por el Ejército y cuyo objetivo era la conquista de Siberia para explotar sus enormes recursos naturales, en favor de la de “Golpear al Sur”, apoyada por la Armada y que suponía la conquista del Sudeste Asiático y por tanto la guerra contra los imperios occidentales.

La séptima, la forma superficial con la que trata el proyecto de crear una esfera de prosperidad asiática en torno al Japón y libre de las injerencias occidentales en los territorios conquistados durante el segundo conflicto mundial. Aunque este objetivo nunca se cumplió al ser Tokio derrotado militarmente, la ocupación militar y el auge del nacionalismo en estos territorios, auspiciado por los japoneses, unido a las derrota de las naciones europeas, supuso el comienzo del fin de los imperios occidentales en este continente, como demostraron Christopher Bayly y Tim Harper en su obra *Forgotten Wars: The end of Britain's Asian Empire* (London, Penguin, 2008).

La octava, la carencia de una conclusión y de una prospectiva sobre el futuro del Japón, donde el autor podría haber explicado su implicación en la “Segunda Guerra Fría” que ha estallado en el Pacífico y donde Tokio es uno de los principales aliados de Washington junto a Canberra y Londres.

No obstante, estas omisiones y ausencias tienen menos peso que los aspectos positivos de la obra, que son los que la definen, pudiéndose afirmar, a modo de conclusión, que constituye una aportación importante desde un planteamiento de alta divulgación para el conocimiento de la evolución del Japón desde el siglo XIX. Este es era el principal objetivo que perseguía el profesor Rodríguez Jiménez cuando la escribió y constituye, sin duda, su principal logro.

